

Macbeth & Lady Macbeth

William Shakespeare

Alfonso Plou (dir.)

Carlos Martín (dir.)

PERSONAJES

MACBETH.

BANQUO.

MENSAJERO.

LADY MACBETH.

DUNCAN.

FLEANCE.

PORTERO.

MACDUFF.

LENNOX.

DONALBAIN.

MALCOLM.

SIRVIENTE.

ROSS.

SEYTON.

SEYWARD.

JOVEN SEYWARD.

LADY MACDUFF.

HIJO DE LADY MACDUFF.

DOCTOR.

DAMA.

Sicarios.

Caballeros.

Brujas.

Apariciones.

Escena I

Entran MACBETH y BANQUO.

MACBETH- Jamás vi un día tan hermoso y tan cruel.

BANQUO- ¿Cuánto queda para llegar al castillo?

(Entre risas aparecen las Brujas.)

BRUJA 1ª- Salve, Macbeth, señor de Glamis, salve.

BRUJA 2ª- Salve, Macbeth, señor de Cawdor, salve.

BRUJA 3ª- Salve, Macbeth, salve a ti que serás rey.

BANQUO- ¿Y para mí no tenéis nada?

BRUJA 1ª- Salve.

BRUJA 2ª- Banquo.

BRUJA 3ª- Salve.

BRUJA 1ª- Tú, menos grande que Macbeth, aunque más grande.

BRUJA 2ª- Tú, menos dichoso, pero más dichoso.

BRUJA 3ª- Padre de reyes, aunque tú no serás rey.

BRUJAS- Salve, Macbeth, salve, Banquo. Salve, Banquo, salve, Macbeth. **(Entre risas desaparecen las Brujas.)**

MACBETH- Tus hijos serán reyes.

BANQUO- Y tú serás rey.

MACBETH- ¿Quién se acerca?

(Sale un MENSAJERO.)

MENSAJERO.- Salve, Macbeth, el rey ha recibido con gozo las nuevas de tu victoria en la batalla. Por eso os otorga el título de señor de Cawdor y os llama a su presencia.

MACBETH.- Gracias por eso. Dile a tu señora que llegaré pronto. Vayamos hacia el rey.

(Salen MACBETH y BANQUO.)

MENSAJERO.- Lo bello es feo y lo feo es bello. Vuelo entre bruma y en aire espeso. (Sale.)

Escena II

(Entra LADY MACBETH, con una carta.)

LADY MACBETH.- «Salieron a mi encuentro el día de la victoria, y comprobé que su saber supera al de los mortales. Cuando aún ardía en deseos de preguntarles se mudaron en aire hasta desaparecer. Todavía atónito llegaron mensajeros del rey que me saludaron: «Señor de Cawdor», título igual al que me dieron las hermanas hechiceras, anticipándome el futuro: «¡Salve, futuro rey!». Te informo de mis ambiciones, querida compañera, para que goces de la promesa de tanta grandeza. Tenla dentro de tu corazón y hastapronto». Glamis eres y eres Cawdor, y serás lo que te ha sido prometido. Pero temo tu carácter demasiado embebido de leche materna para elegir el atajo. Quieres ser grande, no te falta la ambición, pero te falta la maldad que debe servirla. Lo que ardiente ansías, lo ansías puro. Vencer con trampa sí, pero sin ser tramposo. Dentro de ti, gran Cawdor, hay algo que te grita: «Hazlo», pero el miedo a hacerlo te lo impide hacer. Ven aquí pronto, para que vierta mi coraje en tus oídos y azote con el brío de mi lengua todo cuanto te aparte del círculo dorado con que los hados y el destino parecen haberte ya coronado.

(**Entra un MENSAJERO.**)

¿Qué noticias traes?

MENSAJERO.- El rey llega esta noche.

LADY MACBETH.- ¿Qué dices, loco? Tu señor está con él y me hubiera avisado para los preparativos.

MENSAJERO.- Así es, el señor se acerca; uno de los nuestros se adelantó pero, faltándole aliento, apenas tuvo voz para darnos el mensaje.

LADY MACBETH.- Ocúpate de él, trae buenas nuevas.

(**Sale el MENSAJERO.**)

Está ronco el cuervo que grazna la fatal entrada de Duncan bajo mis dominios. ¡Venid, espíritus que servís ideas de muerte, castradme y vestidme de pies a corona con negra crueldad! ¡Espesad mi sangre! ¡Cerrad al remordimiento el paso; que ninguna compasión humana turbe mi cruel propósito. ¡Venid a mis pechos y mudad mi leche en hiel, vosotros, ministros del crimen, allá donde estéis, invisibles formas al servicio del mal! ¡Ven, densa noche, y cúbrete del humo lóbrego del infierno! ¡Que la hoja del puñal no vea la herida que hace, ni el cielo pueda gritar a través del manto de sombra: «¡Basta, basta!»

(**Entra MACBETH.**)

¡Noble Glamis! ¡Gran Cawdor! Y más grande que ambos según la profecía. Tu carta me ha transportado más allá de este presente oscuro; en este instante siento ya el futuro.

MACBETH.- Amor mío, Duncan llega esta noche.

LADY MACBETH.- ¿Para irse?

MACBETH.- Mañana, piensa hacerlo.

LADY MACBETH.- ¡Nunca verá el sol tal mañana! Mi señor, tu rostro es un libro abierto donde cualquiera puede leer extrañas cosas. Para engañar al momento toma la apariencia del momento; imprime bienvenidas en tus ojos, en tus manos, en tu lengua; finge la inocencia de la flor, pero sé la serpiente que se oculta dentro. El que viene debe ser atendido. Pon en mis manos el asunto de esta noche que dará poder soberano a todos los días y las noches de nuestro futuro.

MACBETH.- Ya hablaremos.

LADY MACBETH.- Calma tu mirada. Un rostro turbado indica miedo. Y déjame el resto.

(Salen.)

Escenas III y IV

Las escenas transcurren simultáneamente en dos espacios distintos.

MACBETH.- Si todo quedara hecho una vez hecho, entonces mejor que fuera hecho pronto. Si el crimen frenara sus consecuencias y donde termina asegurara el éxito -un golpe que fuera todo y fin de todo-, aquí, desde este banco de arena del tiempo saltaríamos hacia una vida venidera. Pero ya sabemos la sentencia: las lecciones sangrientas que inventamos se revuelven contra su inventor. La justicia imparcial pone la copa envenenada en nuestros propios labios.

DUNCAN.- El castillo está situado en precioso lugar; la brisa embriaga nuestros sentidos.

(Entra LADY MACBETH.)

Mirad: nuestra anfitriona. El amor que nos acompaña, a veces, nos causa molestias, aunque también alegrías. Dios nos recompensa con vuestros cuidados, agradeced (pues) nuestras molestias.

LADY MACBETH.- Dos y dos veces dos, nuestros cuidados, serían poco para igualar los honores con que su Alteza colma esta casa. Por los pasados y los nuevos honores, os debemos nuestros rezos.

DUNCAN.- ¿Dónde está el señor de Cawdor?

MACBETH.- Él está aquí dos veces confiado. Soy su pariente y súbdito, dos barreras contra el delito; además, siendo mi huésped, debiera cerrar la puerta a su asesino y no ser yo quien porte el cuchillo.

DUNCAN.- Le seguíamos de cerca, pero cabalga bien y su amor, agudo como su espuela, le trajo a casa delante nuestra.

MACBETH.- Duncan es un rey tan templado y recto que su virtud clamará, como trompeta celestial contra el hecho de suprimirlo; y la piedad, como un niño recién nacido que cabalga en la tormenta, (o un querubín del cielo que monta caballos invisibles del aire), denunciará este horrible acto a los ojos del mundo hasta que el llanto ahogue el viento.

DUNCAN.- Bella anfitriona, somos vuestros huéspedes esta noche.

LADY MACBETH.- Vuestros siervos y sus siervos y todas sus pertenencias están a disposición de vuestra Majestad para restituiros simplemente lo que es vuestro.

DUNCAN.- Vuestra mano. Llevadme ante mi anfitrión, que tiene y tendrá siempre mi afecto y favor. Permitidme, señora.

(Salen.)

MACBETH.- ¿Qué espolea mi propósito? La ambición, nada más, la ambición que, saltando sobre sí misma, se derrumba.

(Entra LADY MACBETH.)

¿Y bien? ¿Algo nuevo?

LADY MACBETH.- Ya casi ha cenado ¿Por qué has salido?

MACBETH.- ¿Preguntó por mí?

LADY MACBETH- Claro.

MACBETH- No sigamos adelante con esta empresa. Me ha colmado de honores y he ganado un prestigio que debiera lucir en su esplendor, no mancillarlo tan pronto.

LADY MACBETH- ¿Estaba ebria la esperanza que te vestía? ¿O dormía y se despierta ahora para mirar verde y pálida lo que miró tan arrogante? Ahora sé cuánto vale tu amor. ¿Tienes miedo de ser tan débil con tus actos como lo eres con tu deseo?

MACBETH- Basta, te lo ruego. Me atrevo a todo cuanto se atreva un hombre, y no es hombre quien se atreva a más.

LADY MACBETH- ¿Qué bestia entonces te impulsó a revelarme el proyecto? Un hombre eras cuando te atreviste y más hombre serías si te atrevieses a más. Ni ocasión ni lugar se ofrecían y ya querías crearlos. Ahora que se crean ellos mismos, su presencia te descompone. He dado de mamar, y sé qué tierno es amar al bebé que mama: pues bien, cuando me mirara sonriendo le arrancaría mi pezón de sus blancas encías y le partiría el cráneo, si así lo hubiera jurado yo como tú lo has jurado.

MACBETH- ¿Y si fallamos?

LADY MACBETH- ¡Fallar! Tensa hasta donde puedas el arco de tu valor y no fallaremos. Cuando Duncan esté dormido (y lo estará después de las fatigas del viaje) he de dejar a sus dos guardianes con vino y aguardiente, tan vencidos, que la memoria, guardiana del cerebro, será humo, y el recipiente de la razón, un alambique. Cuando en un sueño de cerdos sus macerados cuerpos se tumben como en la muerte, ¿que no podremos tú y yo llevar a cabo sobre un Duncan desvalido? Culparemos a sus oficiales borrachos como cubas, para que paguen la pena de nuestro delito.

MACBETH- Alumbra sólo varones, que tu duro temple no debe forjar sino machos. Si a los dos guardianes manchamos con sangre y usamos sus puñales, ¿quién no creerá que fue por ellos hecho?

LADY MACBETH- ¿Quién osará pensar distinto si rugimos de dolor sobre su muerte?

MACBETH- Estoy listo. Tenso cada fibra de mi cuerpo para el terrible acto. Vamos, engañemos al mundo mostrando una sonrisa: esconda el falso rostro lo que sabe el corazón falso.

(Salen.)

Escena V

Entran BANQUO, FLEANCE, con una antorcha delante de él.

BANQUO.- ¿Cómo va la noche, hijo?

FLEANCE.- No he oído el reloj, pero está oculta la luna.

BANQUO.- Se oculta a las doce.

FLEANCE.- Creo que es más tarde, padre.

BANQUO.- Ten, toma mi espada. El cielo está tacaño; apagó todas sus velas. Me pesa el sueño como si fuera plomo, pero no quiero dormir ¡Oh, piadoso poder, libérame de los malos pensamientos que nos vienen con el sueño!

(Entran MACBETH y un SIRVIENTE con una antorcha.)

Devuélveme la espada. ¿Quién va?

MACBETH.- Un amigo.

BANQUO.- ¿Aún en pie, señor? El rey duerme. Ha estado más alegre que nunca. Dio grandes regalos a tu gente. A vuestra esposa, por ser la mejor anfitriona, le manda este diamante.

MACBETH.- Desprevenidos como estábamos, pusimos a servir a nuestro deseo.

BANQUO.- Todo va bien. Anoche soñé con las tres brujas: Algo de verdad os han dicho.

MACBETH.- No pienso en ellas. Pero en el momento oportuno podríamos hablar de este asunto, si estáis de acuerdo.

BANQUO.- Cuando queráis.

MACBETH- Si compartís mis ideas, en su momento, podríais ganar honores.

BANQUO- Con tal que no los pierda al tratar de aumentarlos, y conserve limpia mi conciencia y lealtad, escucharé vuestros consejos.

MACBETH- Que descanséis, mientras tanto.

BANQUO- Gracias, señor; lo mismo os deseo.

(**Salen BANQUO y FLEANCE.**)

MACBETH- Ve y dile a tu ama que cuando esté lista mi poción toque la campana. Ve luego a la cama.

(**Sale el criado.**)

¿Es un puñal esto que veo, vuelto el puño hacia mi mano? Deja que te coja. Me huyes, pero aún te veo. Imagen fatal, ¿es que no eres tan sensible al tacto como a la vista? ¿O eres tan sólo un puñal en mi mente, objeto falso, creado por el ardor de la fiebre? Aún puedo verte, tangible como el que ahora empuño. Me marcas la ruta por la que ya iba y el arma misma que iba a usar. Mis ojos, ¿son la burla de los demás sentidos, o superan a éstos en valor? Aún puedo verte; y en filo y puño gotas de sangre que no estaban antes. No, no hay tal cosa. Es el fantasma de mi proyecto sangriento. Ahora sobre medio mundo la vida parece muerta, y las pesadillas se ocultan en el telón del sueño. El hechizo celebra el culto de Hécate; y el crimen alertado por el aullido del lobo, avanza como un espectro hacia su destino. Tú, tierra sólida y firme, ignora donde van mis pasos, no sea que las piedras delaten mi camino, y turben el silencio tan necesario al horror de esta hora. Yo me pierdo en amenazas y él vive: las palabras congelan el calor de los actos. (**Suena una campana.**) Voy, y está hecho: la campana me invita. Duncan, no la escuches, que es tañido que te llama al cielo, o al infierno. (**Sale.**)

Escena VI

Entra LADY MACBETH.

LADY MACBETH.- Lo que a ellos emborracha me da valor; lo que a ellos apaga me enciende. ¡Silencio! Era el búho que ulula, fatal mensajero, que da sus siniestras «buenas noches». Eso hace. Las puertas abiertas y los guardias borrachos se mofan de su cargo roncando. Drogué sus vasos de tal forma que vida y muerte se rifan sus cuerpos.

MACBETH.- ¡Eh! ¿Quién va? **(Desde dentro.)**

LADY MACBETH.- ¡Silencio! No vayan a despertarse y quede todo sin hacer. Es el intento y no el acto lo que nos pierde. ¡Silencio! Dejé allí los puñales. Tiene que verlos. Duncan durmiendo me recordaba a mi padre, si no, yo misma lo habría hecho.

(Entra MACBETH.)

¡Esposo!

MACBETH.- Está hecho. ¿No has oído nada?

LADY MACBETH.- El grito del búho y el llanto de los grillos. ¿Y tú no hablaste?

MACBETH.- ¿Cuándo?

LADY MACBETH.- Hace poco.

MACBETH.- ¿Cuándo bajaba?

LADY MACBETH.- Sí.

MACBETH.- ¡Escucha! ¿Quién duerme en la alcoba de al lado?

LADY MACBETH.- Donalbain.

MACBETH.- ¡Qué triste imagen!

LADY MACBETH.- Qué estúpido es decir «triste imagen».

MACBETH- Uno reía en sueños y el otro despertándose gritó: «¡Asesino!». Me paré a escucharlos. Rezaban. Y se volvieron a dormir.

LADY MACBETH- Y juntos siguen durmiendo.

MACBETH- Uno gritó: «¡Dios nos bendiga!»; y el otro: «Amén», como si hubieran visto mis manos de asesino. Los oí con tanto miedo que al decir: «Dios nos salve», yo no supe decir: «Amén».

LADY MACBETH- No pienses en ello.

MACBETH- ¿Pero por qué no supe decir ese «Amén» bendito? ¿Por qué ese «Amén» se me quedó en la garganta?

LADY MACBETH- No pienses en ello o acabaremos locos.

MACBETH- Oí un grito: «¡No durmáis más!» «¡Macbeth mata el sueño!», el inocente sueño que repara el cansancio, la muerte de cada día, el baño de las fatigas, bálsamo de la mente herida, primer sustento en el banquete de la vida.

LADY MACBETH- ¿Qué quieres decir?

MACBETH- Y el grito todavía: «¡No durmáis más!» por toda la casa. «Glamis mató el sueño y por lo tanto Cawdor no dormirá, Macbeth no dormirá» nunca más.

LADY MACBETH- ¿Pero quién gritaba? Valeroso señor, ¿por qué aflojas tu entereza y torturas tu mente? Vamos, coge agua y limpia tus manos de tan pegajoso testigo. Los puñales. ¿Por qué los has traído? Ve, llévalos y mancha de sangre a los guardas dormidos.

MACBETH- No. No me atrevo a mirarlo. Me da horror pensar en lo que he hecho.

LADY MACBETH- ¡Débil voluntad! Los puñales. Dámelos. Sueño y muerte son imágenes falsas del diablo que sólo asustan a los niños. Si todavía sangra pintaré con sangre la cara de los guardas. Que parezca suya la culpa. **(Sale.)**

(Llaman dentro.)

MACBETH.- ¿Quién llama? ¿Qué me pasa que todo ruido me espanta? ¿Qué manos son estas que me arrancan los ojos? ¿El océano entero podrá lavar la sangre de mis manos, o mis manos teñirán el verde mar en una inmensa mancha escarlata?

(**Entra LADY MACBETH.**)

LADY MACBETH.- Ya tienen mis manos el color de las tuyas; pero me avergüenza un corazón tan blanco. (**Llaman.**) Llaman al portón. Retirémonos. Un poco de agua limpiará el delito. ¿Ves qué fácil ha sido? Has perdido tu coraje. (**Llaman.**) ¡Shhh! ¡Escucha! Siguen llamando. Desvístete. Que no descubran que hemos estado en vela. Y no te pierdas en tus pobres pensamientos. (**Llaman.**)

MACBETH.- ¿Qué he hecho? Antes de saberlo preferiría no saber quién soy. (**Llaman.**) Llaman. ¡Duncan despiértate! ¡Oh, si supieras!

(**Salen.**)

Escena VII

Entra un PORTERO. Llaman dentro.

PORTERO.- ¡Toc, toc! Esto sí que es dar golpes, por Dios. Ni al portero del Infierno le toca meter la llave tanto. (**Llaman.**) ¡Toc, toc, toc! Pica y repica. Belcebú se te lleve. ¿Quién eres? Será un granjero ahorcado en espera de la abundancia ¡Llegáis a tiempo! Traed pañuelos suficientes, que aquí vais a sudar. (**Llaman.**) ¡Toc, toc! Llama, sí, llama. ¿Quién diablos eres? A fe que será un liante, capaz de apostar a un tiempo a favor y en contra de ambos platos de la balanza. Trampeando en el nombre de Dios sin poder liar al cielo. ¡Venga, pasa, liante! (**Llaman.**) ¡Toc, toc, toc! ¿A quién le toca? A fe que será un sastre inglés, ladrón de calzas francesas. Pasa, sastre, que aquí te calentaremos la plancha. (**Llaman.**) ¡Toc, toc! ¡Y dale! ¿Qué sois?... Si este lugar está helado para ser el infierno. Casi, casi renuncio a ser

portero del diablo. Aunque pensé dar paso a gente de cada oficio y mandarla por camino de rosas al callejón del fuego eterno. **(Llaman.)** ¡Que voy! ¡Que y a voy! Tened piedad del portero, por el amor de Dios.

(Entran MACDUFF y LENNOX.)

MACDUFF.- ¿Tan tarde te has acostado, amigo, que te levantas tan tarde?

PORTERO.- A fe, señor, que estuvimos empujándola hasta que cantó dos veces el gallo. Y beber, señor, provoca tres cosas.

MACDUFF.- ¿Y qué tres cosas provoca el beber?

PORTERO.- ¡Ay, la Virgen, señor! Nariz roja, sueño y orina. Lujuria, señor, la provoca y no la provoca: provoca el deseo, pero impide la función. Así que, beber mucho engaña a la lujuria: la engrandece y la corta; la levanta y la derriba; la excita y la desinfla; la arma y la desarma; la apoya y la desanima; la sube y no la sube; en conclusión, en sueños la engaña y desengañada la deja con un palmo de narices.

MACDUFF.- Creo que esta noche también a ti te engañó la bebida.

PORTERO.- Así fue, señor, por la boca me engañó. Pero siendo yo más fuerte que ella la arremetí por su boca. Y aunque se me agarró a las piernas al final la agarré tirándola a tierra, y levantándola...

MACDUFF.- ¿Está levantado tu amo?

PORTERO.- ¡Ah!, el amo. ¡Ah!, aquí viene. Le habrán despertado los golpes.

LENNOX.- Buenos días, señor.

MACDUFF.- Buenos días, señor.

MACBETH.- Buenos días a los dos.

MACDUFF.- ¿Está levantado el rey?

MACBETH.- Todavía no.

MACDUFF.- Me ordenó levantarlo pronto, y ya casi llego tarde.

MACBETH.- Os acompaño.

MACDUFF.- Siento molestaros, aunque lo hagáis a gusto.

MACBETH.- Trabajo que agrada no da fatiga. Por aquí.

MACDUFF.- Visto que debo hacerlo me permito ir a llamarlo. (**Sale MACDUFF.**)

LENNOX.- ¿Se va hoy el rey?

MACBETH.- Así lo tiene previsto

LENNOX.- Fue movida la noche. Donde dormíamos, el viento tiró chimeneas. Y dicen que se oyeron quejas en el aire, extraños gritos de muerte, profetizando, de manera terrible, grandes revueltas y sucesos confusos para este tiempo miserable. El búho cantó toda la noche. Y dicen que la tierra enfebrecida tembló.

MACBETH.- Una dura noche, es verdad.

LENNOX.- No recuerdo una igual.

(**Entra MACDUFF.**)

MACDUFF.- ¡Horror, horror! ¡Corazón y lengua no pueden concebirlo ni nombrarlo!

MACBETH y **LENNOX.**- ¿Qué ha sucedido?

MACDUFF.- ¡El caos hizo su obra maestra! El más sacrílego asesino ha violado el templo del Señor robando la vida de su morada.

MACBETH.- ¿La vida? ¿Qué estáis diciendo?

LENNOX.- ¿Habláis del rey?

MACDUFF.- Asomaos a la alcoba y os quedaréis ciegos. No me pidáis que hable. Mirad y hablad vosotros.

(**Salen MACBETH** y **LENNOX.**)

¡Despertad! ¡Crimen y traición! ¡Banquo, Donalbain, Malcolm, despertad! ¡Sacudid ese sueño profundo, parodia de la muerte, y ved la muerte misma! Malcolm, Banquo, salid como de la tumba y venid como ánimas a contemplar el horror. ¡Tocad la campana!

(**Suena una campana. Entra LADY MACBETH.**)

LADY MACBETH.- ¿Qué pasa? ¿Por qué tan siniestra llamada convoca a los que duermen en casa? ¡Habla, vamos, habla!

MACDUFF.- No lo diré, señora, que decirlo sería masacrar vuestros oídos de mujer.

(**Entra BANQUO.**)

¡Banquo, Banquo! Nuestro rey ha sido asesinado.

LADY MACBETH.- ¡Dios! ¡Oh, Dios! ¿Y en nuestra casa?

BANQUO.- Qué crueldad, no importa dónde. Duff, te lo ruego: niégalo, dí que no es verdad.

(**Entran MACBETH, LENNOX y ROSS.**)

MACBETH.- Si hubiera muerto una hora antes de esta desgracia, mi vida pudiera decirse feliz. Ahora sé que no es seria la muerte. Somos títeres. Muerta la gloria y la gracia, derramado el vino de la vida, sólo quedan los posos en la bodega.

(**Entran MALCOLM y DONALBAIN.**)

DONALBAIN.- ¿Cuál es la desgracia?

MACBETH.- Eres tú y no lo sabes. El origen, frente, fuente de vuestra sangre está cortado, seco desde el propio manantial.

MACDUFF.- Vuestro padre y rey ha sido asesinado.

MALCOLM.- ¡Dios! ¿Por quién?

MACBETH.- Por sus guardianes parece. Tenían sus manos y caras manchadas de sangre. Y miraban como locos sus puñales que hallamos sin limpiar en sus manos. ¡Cómo se les pudo fiar la vida de ningún hombre! Aún así, ¡cómo me arrepiento de la furia que me llevó a matarlos!

MACDUFF.- ¿Por qué lo hiciste?

MACBETH.- ¿Quién puede ser a un tiempo sabio y loco, leal y neutral, templado y furo? Nadie. Mi amor violento superó a la razón pausada. Ahí, yacía Duncan, su pálida piel cosida de rojo sangre; y hondas heridas como brecha natural a la cruel entrada de la desventura. Allí, los asesinos teñidos con el color de su obra, sus dagas llenas de coágulos de sangre. ¿Cómo puede refrenarse un hombre que tenga amor en el corazón y corazón para demostrarlo?

LADY MACBETH.- ¡Por favor, sacadme de aquí!

MACDUFF.- Cuidad de la señora.

MALCOLM.- (**Aparte a DONALBAIN.**) ¿Por qué nos callamos, teniendo más motivos para hablar que ninguno?

DONALBAIN.- (**Aparte a MALCOLM.**) Y qué vas a decir aquí, donde el destino espera emboscado para asaltarnos. Vámonos. Aún no está destilado nuestro llanto.

MALCOLM.- (**Aparte a DONALBAIN.**) Ni nuestro dolor listo para entrar en acción.

BANQUO.- ¡Cuidad de la señora! Estamos ahora expuestos frágiles y desnudos. Retirémonos y juntémonos luego para descifrar este acto sangriento. Contra el miedo y los escrúpulos que nos turban, yo me pongo en la mano de Dios para combatir esta traición y conjura.

MACDUFF.- Lo mismo haré yo.

TODOS.- Y así todos nosotros.

MACBETH.- Rápido, armémonos con coraje y juntémonos luego en la sala grande.

TODOS.- Así sea.

(Salen, excepto MALCOLM y DONALBAIN.)

MALCOLM- ¿Qué piensas hacer? No vayamos con ellos. Para los falsos es fácil fingir un dolor falso. Yo iré a Inglaterra.

DONALBAIN- Y yo a Irlanda. Separar nuestros destinos es más prudente. Donde ahora estamos en las sonrisas hay cuchillos. El más cercano en sangre es el más sangriento.

MALCOLM- La flecha asesina no ha escrito aún su trayectoria. Mejor quedar fuera de su alcance. A caballo, pues; y no partamos con ceremonias sino escapando. Que se roba el tiempo al ladrón cuando éste no tiene perdón.

(Salen.)

Escena VIII

Entra BANQUO.

BANQUO- Ahora lo tienes todo. Ahora ya eres rey, Cawdor y Glamis, tal como las brujas te prometieron; y me temo que jugaste sucio para lograrlo. Pero también se dijo que no alcanzaría a tus herederos y que yo mismo sería padre y raíz de muchos reyes. Si hablaron con verdad, y en ti, Macbeth, se confirma lo que dijeron, ¿por qué no han de cumplirse también mis oráculos y darme esperanza? Ahora, silencio.

(Sonido de trompas. Entran MACBETH como rey, LADY MACBETH, LENNOX, ROSS, Caballeros y Sirvientes.)

MACBETH- Aquí está nuestro huésped de honor.

LADY MACBETH- Olvidarlo hubiera sido un imperdonable error y grave laguna en el banquete.

MACBETH- Esta noche, señor, damos solemne cena y requerimos vuestra presencia.

BANQUO.- A los deseos de vuestra Alteza estoy vinculado con los más estrechos lazos.

MACBETH- ¿Cabalaréis esta tarde?

BANQUO.- Sí, mi señor.

MACBETH- Contábamos con vuestro consejo (siempre útil y juicioso) en la asamblea de hoy; pero lo escucharé mañana. ¿Vais lejos?

BANQUO.- Tanto, señor, como tiempo haya de aquí a la cena. Si el caballo se cansa habré de pedir prestadas a la noche una hora o dos.

MACBETH- No faltéis a la fiesta.

BANQUO.- No faltaré, señor.

MACBETH- Parece que nuestros sangrientos primos paran en Irlanda e Inglaterra sin confesar su cruel parricidio, sino que llenan a sus oyentes con extrañas invenciones. Pero de esto, ya hablaremos. ¡Vamos! Ve a cabalgar. ¡Adiós!, hasta vuestro regreso. ¿Se va Fleance con vos?

BANQUO.- Sí, mi señor; y el tiempo nos apremia.

MACBETH- Que sean vuestros caballos fiables y veloces, pues a sus grupas os fío. Buen viaje.

(Sale BANQUO.)

Que cada cual sea dueño de su tiempo hasta las siete. Yo me quedaré solo hasta la hora de la cena para preparar la bienvenida. Entretanto, ¡quedad con Dios!

(Salen todos salvo MACBETH y un SIRVIENTE.)

Una palabra, mozo. ¿Esperan esos hombres nuestras órdenes?

SIRVIENTE- Sí, mi señor, a la puerta de palacio.

MACBETH- Hazlos entrar.

(Sale el SIRVIENTE.)

De nada sirve este estado si no se está seguro. Temo a Banquo profundamente, porque su naturaleza real reina mis miedos. Tiene coraje, y al carácter audaz une la cordura para obrar seguro. Sí, sólo le temo a él. Él es el único que intimida mi espíritu, como Marco Antonio, dicen, lo estaba ante César. Increpó a las brujas en cuanto me llamaron rey e hizo que le hablaran. Llamáronle padre de una estirpe de reyes. Una corona estéril ciñeron sobre mi sien, y en mi puño cetro sin fruto, que me arrancará un día mano extraña sin hijo que sucederme. Si es así, manché mi alma por la estirpe de Banquo; por ellos maté al noble Duncan, llenando de culpa mi tranquila copa sólo por ellos. He entregado mi alma al diablo por hacer rey el semen de Banquo. ¡Antes que eso, ven, destino, entra en liza y lucha conmigo hasta el final! ¿Quién va?

(Entra un SIRVIENTE y dos Sicarios.)

Vuelve a la puerta y espera a que te llame.

(Sale el SIRVIENTE.)

¿No fue ayer cuando hablamos?

SICARIO 1º.- Así fue, Alteza, si así os parece.

MACBETH.- Y bien, ¿habéis reflexionado sobre lo que os dije? Fue él y no yo, como creáis, quien os perjudicó en el pasado. De ello os dí pruebas ayer, de cómo se hizo y quiénes fueron cómplices. Cosas que llevarían al más lerdo y al más imbécil a decir: «Esto es obra de Banquo».

SICARIO 1º.- Así nos lo hiciste ver.

MACBETH.- Lo hice, sí, y esto motiva el segundo encuentro. ¿Os domina tanto la paciencia para dejarlo pasar? ¿Sois tan cristianos para rezar por este hombre y su ralea cuando con mano firme os llevó hacia la tumba e hizo mendigos a los vuestros?

SICARIO 1º.- Somos hombres, señor.

MACBETH.- Cierto, en el catálogo figuráis como tales, igual que lebreles, galgos, perdigueros, chuchos callejeros, de presa o falderos, todos tienen el nombre de perro. Pues bien, igual es con los hombres. Si en el catálogo «hombre» no figuráis en el lugar más ínfimo, yo pondré en vuestro pecho una empresa que os libraré de vuestro enemigo y os atará como amigos a nuestro pecho, enfermo mientras él viva y sano cuando esté muerto.

SICARIO 2º.- Señor, soy un hombre al que las bofetadas del mundo tienen tan quemado, que haría lo que fuera para escupirle al mundo.

SICARIO 1º.- Y yo soy otro, tan harto de miserias que apostaría mi vida a cualquier carta con tal de mejorarla o de perderla.

MACBETH.- Que Banquo fue vuestro enemigo, ¿lo sabéis sin duda?

SICARIO 2º.- Cierto, señor.

MACBETH.- Y también mío. Y es tan carnal la distancia que cada minuto de su vida se clava en el centro de la mía. Cierto que podría quitarlo de mi vista con mi propio poder y justificarlo a voluntad. Pero no debo, pues hay amigos que son de ambos, y cuya estima no quiero perder. Tendré pues que llorar su caída tras empujarlo. Por eso solicito ahora vuestra ayuda, cegando el caso a los ojos de la gente, por poderosas razones.

SICARIO 2º.- Mandad, señor, y lo haremos.

SICARIO 1º.- Aunque nuestras vidas...

MACBETH.- El coraje se lee en vuestros ojos. Dentro de una hora os diré dónde apostaros, y cuándo es el momento oportuno. Debe hacerse esta noche y lejos de palacio. Recordad siempre que exijo quedar limpio. ¡Ah!, y junto a él, para no dejar pruebas de lo hecho, su hijo Fleance, que le acompaña, cuya eliminación me urge tanto como la de su padre, debe abrazar la misma negra suerte. Decidid a solas; volveré pronto.

SICARIO 2º.- Decididos estamos, señor.

MACBETH.- Hasta pronto entonces. Está decidido: Banquo, si tu alma ha de hallar el cielo que esta noche alce el vuelo.

(Salen.)

Escena IX

Entran LADY MACBETH y un Criado.

LADY MACBETH.- ¿Banquo ha dejado ya el castillo?

SIRVIENTE.- Sí, señora, pero regresará esta noche.

LADY MACBETH.- Di al rey que me gustaría hablarle

SIRVIENTE.- Así lo haré, señora. **(Sale.)**

LADY MACBETH.- Todo lo dimos para no tener nada, una vez saciado el deseo no da placer. Mejor sería ser aquello que uno destruye, que, al destruirlo, sobrevivirle en la infelicidad.

(Entra MACBETH.)

¿Mi señor, por qué te quedas a solas, haciendo de tus tristes pensamientos compañeros, acosado por ideas que debieron morir con quien fue su germen? Lo que no tiene remedio mejor olvidarlo: hecho está lo hecho.

MACBETH.- Dimos un tajo a la serpiente, no la matamos. Se rehará y será la misma, los mismos dientes para morder nuestra ridícula malicia. Pero quíebrese el marco de éste y el otro mundo antes que comer con miedo y dormir con estos terribles sueños. Mejor estar con los muertos, a quienes para ganar paz, paz les dimos, que torturarnos la mente en un delirio sin descanso. Duncan duerme en su tumba el sueño que aplaca la convulsa fiebre de la vida. La traición ya le hizo cuanto pudo. Ni veneno ni puñal, ni fraticida intriga ni agresión extranjera, nada le toca tan lejos.

LADY MACBETH.- Vamos, mi dulce señor, quita las arrugas del ceño, y sonríe jovial a los invitados de esta noche.

MACBETH- Así lo haré, mi amor; y así te pido que tú lo hagas. Dedicar tus atenciones a Banquo, que sea el elegido de tus palabras y tus ojos. Peligroso el tiempo que nos hace lavar nuestro honor en torrentes de adulación, haciendo de nuestras caras máscaras de nuestros corazones, enmascarando lo que son.

LADY MACBETH- Deja esa actitud.

MACBETH- ¡Querida esposa, mi mente está llena de escorpiones! Banquo y Fleance viven, ¿lo sabes?

LADY MACBETH- Pero en ellos el don de la vida no es eterno.

MACBETH- Eso me consuela, es verdad: son vulnerables. Alégrate entonces. Antes de que el murciélago cierre el círculo de su vuelo, antes de que el zumbido del escarabajo inicie el bostezo de la noche, un acto atroz quedará hecho.

LADY MACBETH- ¿Qué sucederá?

MACBETH- Que tu inocencia lo ignore, pequeña mía, para después aplaudirlo. ¡Ven, noche, pon una venda en los ojos al piadoso día, extiende tu invisible y sangrienta mano y rompe en pedazos ese contrato que me hace palidecer! La luz se espesa, y el cuervo vuela hacia el bosque sombrío. Las inocentes criaturas del día se van a dormir mientras los negros agentes de la noche apuntan a la presa. Te asombra lo que digo. Tranquila. Lo malo, con el mal se fortalece. Te ruego, ven conmigo.

(Salen.)

Escena X

Un banquete preparado. Entran MACBETH, LADY MACBETH, ROSS, LENNOX, señores y acompañantes.

MACBETH- Conocéis vuestro rango, tomad vuestros puestos. Y a todos mi más cordial saludo.

CABALLEROS- Gracias, a vuestra majestad.

MACBETH- Quiero mezclarme en el banquete como el huésped más humilde. Nuestra anfitriona tiene el puesto de honor y le pedimos nos dé la bienvenida.

LADY MACBETH- Dila por mí, señor, a todos los amigos, pues yo la digo con el corazón.

(Entra el Sicario 1º.)

MACBETH- Como ves, sus corazones te corresponden. Divertíos y después brindaremos en torno a la mesa. **(Al Sicario 1º.)** Hay sangre en tu cara.

SICARIO 1º- Entonces será la de Banquo.

MACBETH- Mejor está fuera de ti que dentro de él. ¿Despachado pues?

SICARIO 1º- Cortado su cuello, señor. Eso hice con él.

MACBETH- Eres el mejor corta pescuezos. Aunque bueno será quien hizo igual con Fleance. Si fuiste tú, no tienes par.

SICARIO 1º- Majestad, Fleance ha escapado.

MACBETH- Retorna de nuevo el vértigo. Hubiera sido perfecto, duro como el mármol, firme como la roca, libre y vasto como el aire en torno. Pero ahora sigo enjaulado, preso, atado y confinado a dudas y miedos insolentes... Y Banquo, ¿estás seguro?

SICARIO 1º- Sí, mi señor, seguro yace en una zanja, con veinte tajos en la cabeza; de los cuales el menor, es muerte cierta.

MACBETH- Gracias por eso... La serpiente adulta yace allí. La cría, que escapó, con el tiempo será venenosa, pero por ahora no tiene dientes... Vete; mañana hablaremos de nuevo.

(Sale el Sicario.)

LADY MACBETH.- Mi rey, ¿qué esperas para brindar? Un banquete donde no se brinda a menudo parece un banquete no dado a gusto. Mejor fuera si no comer en casa, que el ritual es la sal y, si falta, la fiesta parece sosa.

MACBETH.- ¡Justo reclamo, dulce consejera!... ¡Que al apetito siga buena digestión y salud con ambos!

LENNOX.- ¿Quiere sentarse, vuestra Alteza?

MACBETH.- Si el amado Banquo estuviera, aquí tendríamos todo lo noble del país. Pero mejor criticar su ausencia que lamentar cualquier desgracia.

(**Entra el fantasma de BANQUO y se sienta en el lugar de MACBETH.**)

ROSS.- Su ausencia, señor, quiebra su promesa. ¿Querría su alteza honrarnos con su compañía?

MACBETH.- La mesa está completa.

LENNOX.- Aquí hay un lugar reservado, señor.

MACBETH.- ¿Dónde?

LENNOX.- Aquí, noble señor... ¿Qué os turba, Alteza?

MACBETH.- ¿Quién de vosotros hizo esto?

CABALLEROS.- ¿Qué, noble señor?

MACBETH.- No podéis decir que lo hice yo. No sacudas sobre mí tu cabello ensangrentado.

ROSS.- Levantaos, señores. Su Alteza no está bien.

LADY MACBETH.- Sentaos, nobles amigos. Mi señor sufre a veces este estado desde su juventud. Os lo ruego, sentaos. El trance es momentáneo; un instante y estará bien de nuevo. Si lo hacéis notorio le ofenderéis y aumentará su delirio. No le miréis. ¡Comed!... ¿Eres un hombre?

MACBETH.- Sí, y con coraje para mirar a la cara al mismo demonio.

LADY MACBETH- ¡Qué absurdo! Eres el cuadro mismo que pinta tu miedo; como la daga suspendida en el aire que, dijiste, te guió hasta Duncan. ¡Esos arrebatos, impostores del miedo, serían buenos para cuentos de vieja al calor de la hoguera! ¡Qué vergüenza! ¿Por qué haces muecas? Qué miras, si es sólo un asiento.

MACBETH- ¡Mira allí, te lo ruego! ¡Mira bien! ... ¿Qué dices ahora? ¿Bah, qué importa? Si te mueves, también podrás hablar... Si tumbas y fosas nos devuelven los muertos que enterramos, nuestro sepulcro será el vientre de los buitres.

(Sale el espectro.)

LADY MACBETH- ¿Te quitó hombría la locura?

MACBETH- Como que sigo aquí, que lo he visto.

LADY MACBETH- ¡Déjalo ya! ¡Qué vergüenza!

MACBETH- La sangre ya se derramó en tiempos antiguos, antes que la ley fijara el contrato humano, y después también se han cometido crímenes inauditos. Pero entonces, al menos, con los sesos fuera el hombre moría y eso era todo. Ahora, sin embargo, se levantan de nuevo con veinte tajos mortales en el cráneo y nos quitan el sitio. Esto es más extraño que el crimen mismo.

LADY MACBETH- Mi noble señor, tus nobles amigos te reclaman.

MACBETH- Lo olvidaba... No os asombréis de mí, mis más nobles amigos. Sufro un mal extraño, pero inocuo. Quien me conoce lo sabe. En fin, ¡salud y amor a todos! Después me sentaré. ¡Llenad mi copa hasta el borde!

(Entra el fantasma.)

Brindo por la alegría general de toda la mesa y por el querido Banquo, que echamos en falta ¡Ojalá estuviera aquí! ¡Por él y por todos nosotros: ¡Salud!

CABALLEROS.- ¡Salud!

MACBETH- ¡Atrás! ¡Fuera de mi vista! ¡Que te trague la tierra! Huesos sin médula, sangre fría. Ya no tienes vista en esos ojos con los que me deslumbras.

LADY MACBETH- Nobles pares, entendido esto como su mal crónico y no de otra manera, aunque enturbie ahora la fiesta.

MACBETH- Yo me atrevo a cuanto se atreva un hombre. Acércate como el feroz oso, el rinoceronte astado o el tigre de Bengala; adopta cualquier otra forma y mis nervios firmes no temblarán. O resucita y rétame con tu espada en el páramo y si entonces temblando me desdigo, llámame muñeco de niña. ¡Atrás, sombra horrenda! ¡Burla irreal, atrás!

(Sale el fantasma.)

Bueno, se ha ido. Vuelvo a ser un hombre... Sentados, os lo pido

LADY MACBETH- Has despachado el jolgorio y roto la fiesta con tu burdo desvarío.

MACBETH- ¿Pueden pasar cosas así, como una tormenta de verano, sin sorprendernos? Dudo del sentido que me queda cuando pienso que podéis ver visones como ésta, y conservar el color en las mejillas, mientras las mías palidecen de miedo.

ROSS- ¿Qué visiones, señor?

LADY MACBETH- No le habléis, os lo ruego, pues se pone peor. Las preguntas le irritan. Así pues, marchaos enseguida. No esperéis el orden de salida. Buenas noches.

LENNOX- ¡Buenas noches, y pronta mejoría a su Majestad!

LADY MACBETH- ¡Buen reposo a todos, de corazón!

(Salen los Caballeros.)

MACBETH- Quiere sangre. La sangre, dicen, llama a la sangre. Y las piedras se mueven, los árboles hablan. Augurios y enigmas se oyen por voz de cuervos, urracas y grajos, descubriendo al asesino más secreto. ¿Cómo va la noche?

LADY MACBETH- Luchando con el día a quién es quién.

MACBETH- Macduff rechazó la invitación, ¿qué te parece?

LADY MACBETH- ¿Le mandaste llamar?

MACBETH- No. Mandaré que le busquen. No hay ninguno de ellos en cuya casa no mantenga un criado. Iré a buscar mañana a las tres hermanas hechiceras. Más me han de decir. Estoy decidido a saber lo peor con los peores medios. Ceda toda razón en mi propio bien. He caminado tanto en la sangre que, pararme y volverme atrás, sería tan tedioso como seguir adelante. Tengo en la cabeza extrañas ideas, que llevaré a cabo antes que las entienda.

LADY MACBETH- Te falta el bálsamo de toda vida, el sueño.

MACBETH- Sí. Vamos pues a dormir. Este desvarío, que yo mismo he creado, es inexperiencia que curará con el uso. Somos todavía aprendices en este arte.

(Salen.)

Escena XI

Truenos. Entran las tres Brujas.

BRUJAS.- Hiérvete y cuécete en el caldero, tú filete de culebra, ojo de tritón ancas de rana, pelusa de murciélago y morro de can. Lengua de víbora, cabeza de lombriz, ala de lechuza, muslo de lagarto, magias potentes, borbotones del mal, hervir todas en el caldo infernal. Diente de lobo, escama de dragón, momia de bruja, quijadas y molleja de voraz tiburón. Raíz de cicuta de noche arrancada; hígados y bazo de judío blasfemo; bilis de cabra; brotes de abeto arrancados en eclipse lunar; nariz de turco y labios de tártaro; dedo de niño que en el parto ahogó su furcia madre y a la fosa tiró. Haz el potaje vicioso y jugoso, y para la receta completar tripas de tigre a rebosar. Por el picor que tengo en el pulgar sé que un infame quiere entrar. Ábrete, cerrojo, no des al que llama enojo.

(**Entra MACBETH.**)

MACBETH- Secretas, oscuras, nocturnas brujas, ¿qué estáis haciendo?

BRUJA.- Una cosa sin nombre.

MACBETH- En el nombre del arte que profesáis, y venga de donde venga lo que sabéis, y o os conjuro a que me respondáis.

BRUJAS.- Habla. Pregunta. Y te responderemos. ¿De quién quieres respuesta? ¿Nuestra o de nuestros amos?

MACBETH- Llámalos, que yo los vea.

BRUJAS.- Venid del arriba o del abajo y mostrad el poder de vuestro trabajo.

(**Truenos. Primera Aparición, una cabeza armada.**)

MACBETH- Háblame, desconocido poder.

BRUJA.- Sabe lo que piensas, escúchalo en silencio.

1ª APARICIÓN.- ¡Macbeth, Macbeth, Macbeth, guardaos de Macduff! Guardaos del señor de Fife. Y ahora basta. Soltadme. (**Desaparece.**)

MACBETH- Quienquiera que seas, gracias por el consejo, acertaste mi temor. Pero dime más.

BRUJA.- No puedes mandarle. Pero he aquí otro aún más potente.

(**Truenos. Segunda Aparición, un niño ensangrentado.**)

2ª APARICIÓN.- ¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Macbeth!

MACBETH- Tuviera tres orejas y tres veces te oyera.

2ª APARICIÓN.- Sé sanguinario, resuelto y valiente; ríete del poder humano; pues ningún parido por mujer podrá dañar a Macbeth.
(Desaparece.)

MACBETH- ¡Vive, entonces, Macduff! ¿Para qué temerte? Pero más vale hacer a la seguridad dos veces cierta arrancando al destino una certeza. No vivirás, no, para que pueda decir al miedo que miente y dormir tranquilo a despecho del trueno.

(Truenos. Tercera Aparición, un niño coronado, con un árbol en la mano.)

¿Qué es lo que surge, como si fuera hijo de algún rey, llevando corona real sobre su joven frente?

BRUJAS.- Calla y escucha.

3ª APARICIÓN.- Ten orgullo y temple de león, y olvida a quien se queja, se agita o conspira. Macbeth no puede ser vencido hasta que el bosque de Birnam no avance hasta la cima del monte Dunsinane.
(Desaparece.)

MACBETH.- Eso jamás ocurrirá. Quién puede mover un bosque y ordenar a un árbol sacarse la raíz ¡Dulces presagios! Jamás los muertos rebeldes se alzarán hasta que el bosque de Birnam no se alce. Y el poderoso Macbeth vivirá entero su tiempo de vida y dará el último suspiro cuando le toque la muerte natural. Pero otra cosa me agita el pecho. Si puedes, dime: ¿La estirpe de Banquo no reinará jamás sobre Escocia?

BRUJAS.- No quieras saber más.

MACBETH- Tengo que saber ¡Hablad, o seáis maldita para siempre! ¿Por qué se hunde el caldero? ¿Qué es ese ruido?

(Oboes.)

BRUJAS.- ¡Apareced! ¡Mostraos! ¡Apareced! ¡Mostraos a sus ojos, venid, sombras, herid de pena su corazón y desapareced!

(Aparecen ocho reyes y BANQUO, como último rey, con un espejo en la mano.)

MACBETH- Te pareces demasiado al alma de Banquo. ¡Fuera, fantasma! Tu corona abrasa mis pupilas. Y tienes el pelo ceñido en oro del primero y del tercero, que te sigue. ¡Bordes brujas! ¿Por qué me enseñáis esto?... ¿Un cuarto? ¡Ojos reventad! ¿Habrá de prolongarse la procesión hasta el día del Juicio? Ahora sé que todo es verdad. Veo a Banquo con la cabeza ensangrentada señalándolos sonriendo. ¿Son sus hijos? ¿Es así?

BRUJAS.- Sí, Macbeth, es así. Pero ¿por qué Macbeth se muestra sorprendido? Venid, brujas, alegremos su espíritu con lo mejor de nuestros sentidos. Haré hechizo al aire para que suene música, danzad mientras en círculo ancestral. Demos todas homenaje al rey.

(Música. Las Brujas danzan y desaparecen.)

MACBETH- ¿Dónde están? ¿Ya se han ido? Maldita por siempre sea esta hora. ¡Eh, vosotros! ¡Entrad!

LENNOX.- Que queréis, Majestad.

MACBETH- Oí un galope de caballos. ¿Quién ha llegado?

LENNOX.- Dos o tres, señor, trayendo la noticia de la huida de Macduff a Inglaterra.

MACBETH- ¿A Inglaterra?

LENNOX.- Sí, majestad.

MACBETH- El tiempo se adelanta a mis deseos. El propósito se esfuma si no es seguido por los hechos. Desde ahora el primer impulso de mi corazón dé el primer impulso a mi mano. Ahora mismo, que la acción corone el pensamiento, y lo pensado sea hecho. Asaltaré por sorpresa el castillo de Macduff y pondré sitio a Fife, pasaré por el filo de la espada a su mujer, sus hijos y cuanto desventurado sea de su estirpe. No es bravata de necio: lo haré. Lo haré antes que se enfríe el propósito. Basta de visiones. ¿Dónde están los mensajeros? ¡Llevadme donde están!

(Salen.)

Escena XII

Fife. Castillo de Macduff. Entran LADY MACDUFF y su hijo.

LADY MACDUFF- Y bien, señorito Macduff, qué haremos ahora sin tu padre.

HJO- Si estuviera muerto lloraríais por él. Si no lo haces es buena señal, pues dice que pronto me darás un padre nuevo.

LADY MACDUFF- ¡Mi pobre charlatán, cuánto hablas!

(Entra un MENSAJERO.)

MENSAJERO- ¡Dios os bendiga, noble señora! No me conocéis aunque yo conozca vuestro rango. Temo que un peligro os acecha. Y si aceptáis consejo: Huid con vuestros hijos. ¡Dios os salve! Temo quedarme por más tiempo.

(Sale el MENSAJERO.)

LADY MACDUFF.- ¿Huir, a dónde? No hice daño a nadie. Pero, bien sé, que en este mundo terreno hacer el mal es un mérito, y hacer el bien es, a veces, locura peligrosa.

(Entran algunos Sicarios.)

¿Qué caras son estas?

SICARIO.- Tu marido, ¿dónde está?

LADY MACDUFF.- En lugar no tan profanado, espero, donde alguien como tú pueda encontrarlo.

SICARIO.- Es un traidor.

HJO.- Mientes, cerdo asqueroso.

SICARIO.- ¿Qué has dicho, tú, engendro, aborto de traición? **(Lo apuñala.)**

HJO.- ¡Me ha matado, mama! Escapa, corre, escapa.

(Muere. Sale LADY MACDUFF gritando: «Asesinos». Seguida por los Sicarios.)

Escena XIII

Inglaterra. Entran MACDUFF y ROSS.

ROSS.- Macduff, tu castillo ha sido invadido. Tu esposa e hijos salvajemente asesinados. Deciros la manera sería añadir tu cadáver al montón de queridos seres masacrados.

MACDUFF.- ¿También a mis hijos?

ROSS.- Mujer, hijos, sirvientes, todos los que estaban allí.

MACDUFF.- ¡Y yo no estaba! ¿Mi mujer, también muerta?

ROSS.- Todos.

MACDUFF.- Todos mis pequeños, ¿eso has dicho?, ¿todos? ¡Buitre del infierno! ¿todos?

ROSS.- Todos.

MACDUFF.- No puedo olvidar que esas criaturas eran lo que más quería. ¿Y el cielo fue testigo sin querer tomar parte?

ROSS.- Macduff, asesinados fueron por tu culpa, infame, no por sus culpas, permitiendo la masacre de esas almas.

MACDUFF.- ¡Que el cielo les dé descanso! Pero, Dios, te pido acortes la espera. Cara a cara ponme frente a ese demonio de Escocia al alcance de mi espada y si escapa será que el cielo le ampara.

(Salen.)

Escena XIV

Entra un DOCTOR y una DAMA de compañía.

DOCTOR.- Soñar y actuar como el que está despierto es grave perturbación de la naturaleza.

(Entra LADY MACBETH con una vela.)

DAMA.- ¡Doctor, miradla! ¡Ahí viene! Ese es su aspecto habitual. Y por mi vida, que duerme hondo. Observadla.

DOCTOR.- Mirad, sus ojos están abiertos.

DAMA.- Sí, pero no ve.

DOCTOR.- ¿Qué hace ahora? Mirad, se restriega las manos.

DAMA.- Es un gesto habitual, como si se las lavara. Así la he visto hacer durante horas.

LADY MACBETH.- Otra mancha.

DOCTOR.- ¡Silencio! Habla.

LADY MACBETH.- ¡Fuera, fuera, mancha maldita! ¿Fuera, te digo!... ¡Dang!, una, ¡dang!, dos: bien, es hora de hacerlo... ¡Qué oscuro es el infierno!... ¡Vergüenza, mi señor, vergüenza! ¿Tener miedo un soldado?... ¿Por qué temer que se sepa cuando nadie nos puede pedir que rindamos cuentas?... ¿Quién se iba a imaginar que el viejo tuviera tanta sangre en el cuerpo?

DOCTOR.- ¿Os dais cuenta?

LADY MACBETH.- El señor de Fife tenía una mujer; ¿dónde está ahora?... ¡Oh! ¿No quedarán nunca limpias estas manos?... Basta. Deja eso, mi señor, deja eso. Lo echas todo a perder con tus delirios. Todavía el olor de la sangre. Todos los perfumes de Arabia no podrán desinfectar esta pequeña mano. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

DOCTOR.- ¡Cómo suspira! Su corazón sufre de angustia.

DAMA.- No quisiera tener en mi pecho un corazón así ni por todos los títulos que tuviera su cuerpo.

LADY MACBETH.- Lávate las manos. Desvístete. No estés tan pálido. Te lo repito: Banquo está enterrado. No puede salir de su tumba.

DOCTOR.- ¿También eso?

LADY MACBETH.- ¡Al lecho, al lecho! Lllaman a la puerta. Vamos, vamos, dame tu mano. Lo que está hecho, hecho está. ¡Al lecho, al lecho!

(Salen.)

Escena XV

Dunsinane. Entran MACBETH, el DOCTOR y Sirvientes.

MACBETH- Basta de mensajes. Que huyan todos. Mientras el bosque de Birnam no avance a Dunsinane el miedo no ha de alcanzarme. ¿Qué es el joven Malcolm? ¿Acaso no nació de mujer? Espíritus que saben el destino, así me lo han predicho: «No temas, Macbeth; nadie parido por mujer podrá vencerte». Huid, pues, nobles traidores, y mezclaos con la crápula inglesa. El cerebro que me guía y el corazón que tengo nunca cederán a la duda o temblarán con el miedo.

(Entra un SIRVIENTE.)

¡Que el diablo te carbonice, sesos de requesón! ¿De dónde has sacado esa cara de ganso?

SIRVIENTE- Son diez mil...

MACBETH- ¿Qué...? ¿Gansos, memo?

SIRVIENTE- No, señor, soldados.

MACBETH- Mocososo, sangre de horchata. Pellizca tu cara para teñir de rojo tu miedo. ¿Qué soldados, bufón? Maldita tu alma y tu palidez de muerto. ¿Qué soldados, cara de nata?

SIRVIENTE- El ejército inglés, si así os parece...

MACBETH- Desaparece.

(Sale el SIRVIENTE.)

¡Seyton!... Me duele el corazón de ver... ¡Seyton!... Este golpe me asienta para siempre o me desbanca del trono. Ya viví lo suficiente: el sendero de mi vida camina hacia su otoño. Y no puede esperar a los compañeros naturales de la vejez: honor, amor, respeto. En su lugar, insultos mascullados, serviles elogios, aliento vacío que el pobre corazón querría negar y no se atreve... ¡Seyton!

(**Entra SEYTON.**)

SEYTON.- ¿Qué ordena su graciosa Majestad?

MACBETH.- ¿Más noticias?

SEYTON.- Se confirma lo dicho, mi señor.

MACBETH.- Lucharé hasta que raspen la carne de mis huesos. La coraza.

SEYTON.- No hace falta todavía.

MACBETH.- Quiero ponérmela. Mandad más caballos a rastrear la comarca. Colgad a quien hable de miedo... Mi coraza... Doctor, ¿cómo está la paciente?

DOCTOR.- Más que enferma, señor, atormentada por pesadillas incesantes que no le dejan descansar.

MACBETH.- ¡Cúrala! ¿Acaso no puedes curar una mente enferma, arrancar de la memoria un dolor arraigado, borrar el tormento escrito en el cerebro y limpiar de agrio veneno el corazón oprimido con algún dulce antídoto para el olvido?

DOCTOR.- En tales casos, el paciente debe curarse a sí mismo.

MACBETH.- ¡Tirad pues la medicina a los perros! No la necesito... Vamos, la coraza, la maza. Seyton, da las órdenes... ¡Vamos! Doctor, los nobles me abandonan. Si pudieras, doctor, analizar la orina de mi país, descubrir su dolencia, y purgarla hasta darle la salud de antaño, te aplaudiría hasta que el eco mismo devolviera los aplausos... ¿Qué ruibarbo, hierba o droga purgante vomitaría de aquí a esos ingleses? ¿Has oído hablar de ellos?

DOCTOR.- Sí, mi señor, vuestros preparativos los anuncian.

MACBETH- Llévatela... Mientras el bosque de Birnam no avance a Dunsinane no he de temer muerte ni derrota.

DOCTOR- (**Aparte**.) Si pudiera escapar de Dunsinane no volvería a ningún precio.

(**Salen**.)

Escena XVI

Entran MACBETH, SEYTON y soldados con tambor y estandartes.

MACBETH- Desplegad las banderas en las murallas. ¿Vienen? La fortaleza burlará su asedio. Ahí se queden tirados hasta que fiebre y hambre los devoren. De no reforzarse con quien me ha traicionado les habríamos salido al paso, cara a cara, hasta mandarlos de vuelta a casa. ¿Qué ruido es ese?

(**Gritos dentro de una mujer**.)

SEYTON- Gritos de mujer, mi señor. (**Sale**.)

MACBETH- Ya casi he olvidado el sabor del miedo. Hubo un tiempo en que mis nervios se habrían helado al oír un grito nocturno; y mi pelo, como si estuviera vivo se habría erizado con cualquier relato siniestro. Estoy saciado de horrores que el espanto, tan familiar a mi mente, ya no me estremece.

(**Entra SEYTON**.)

¿Y bien? ¿A qué esos gritos?

SEYTON.- Mi buen señor, la reina ha muerto.

MACBETH.- Tenía que morir un día u otro. Siempre hay tiempo para esas palabras... Mañana, o mañana, o mañana se cuele, con pequeños pasos, día a día, hasta la sílaba final del tiempo prescrito. Y todo nuestro ayer iluminó a los necios la senda polvorienta que lleva a la muerte. ¡Extínguese, fugaz candela! La vida es sólo una sombra errante, un pobre actor que se pavonea y retuerce una hora sobre la escena y después calla para siempre. Es una historia contada por un idiota, llena de ruido y de furia, que nada significa.

(**Entra un MENSAJERO.**)

Vienes para usar tu lengua: ¡entonces, habla!

MENSAJERO.- Gracioso Soberano, debiera deciros lo que diré que vi pero sé que no puedo hacerlo.

MACBETH.- Bien, pues prueba a decirlo.

MENSAJERO.- Estaba de guardia en el cerro cuando miré hacia Birnam y pareció de pronto que el bosque se movía.

MACBETH.- Mientes, miserable.

MENSAJERO.- Sufra vuestra ira si no es cierto. Puede verse a menos de tres millas. Un bosque andando.

MACBETH.- Si mientes he de colgarte vivo desde el primer árbol hasta que te seque el hambre Si es cierto, otro tanto haz conmigo. Vacila mi ánimo y dudo del diablo y sus equívocos, que miente cuando dice la verdad: «No temas hasta que el bosque de Birnam no avance a Dunsinane»... y bien, el bosque avanza a Dunsinane. ¡A las armas! ¡Y salgamos! Si todo ocurre como afirma, lo mismo da fugarse de aquí como aquí quedarse. Empiezo a estar cansado del sol, y quisiera deshacer el orden del mundo... ¡Toca la campana!... ¡Sopla, viento! ¡Ven, ruina! Y, al menos, si muero que sea vestido de guerrero.

(**Salen.**)

Escena XVII

Dunsinane. Delante del castillo. Tambor y estandartes. Entran MALCOLM, el viejo SEYWARD, MACDUFF y el JOVEN SEYWARD, con ramas.

MALCOLM.- Ya estamos cerca. Tirad las ramas y mostraos. Noble tío, iréis en primera línea, junto a tu hijo, mi primo. El bravo Macduff y yo haremos el resto.

SEYWARD.- Buena suerte. Muera yo, en cuanto encontremos la tropa del tirano, si no sabemos batirnos.

(Salen.)

Escena XVIII

Otra parte del campo. Entra MACBETH.

MACBETH.- Me han atado a una estaca, y no puedo escapar. Como un oso haré frente a la jauría. ¿Dónde está el que no ha sido parido por mujer? A ese sólo debo temer.

(Entra el JOVEN SEYWARD.)

JOVEN SEYWARD.- ¿Tu nombre?

MACBETH- Te asustaría oírlo.

JOVEN SEYWARD- No, aunque fuera el más abrasador nombre del infierno.

MACBETH- Mi nombre es Macbeth.

JOVEN SEYWARD- Ni el mismo diablo tiene un nombre tan repugnante.

MACBETH- No, ni tan temido.

JOVEN SEYWARD- ¡Mientes, aborrecible tirano! Con mi espada te lo voy a probar.

(**Luchan. Cae el JOVEN SEYWARD.**)

MACBETH- Te parió una mujer y yo me río de la espada que blande hombre al que mujer ha parido. (**Sale.**)

(**Entra MACDUFF.**)

MACDUFF- Por aquí llega el ruido... ¡Muestra tu cara, tirano! No quiero golpear a míseros mercenarios. Te quiero a ti, Macbeth. ¡Tráelo ante mí, Destino, no pido nada más! (**Sale.**)

Escena XIX

Otra parte del campo. Entra MACBETH.

MACBETH.- ¿Por qué recitar el papel del necio romano y morir sobre mi propia espada? Mientras vea vidas mejor caen en ellas las cuchilladas que en mí.

(Entra MACDUFF.)

MACDUFF.- ¡Vuélvete, perro del infierno! ¡Vuélvete!

MACBETH.- De entre todos los hombres es a ti a quien quería evitar. Marchate; mi alma no soporta más sangre de los tuyos.

MACDUFF.- No quiero hablar. Mi voz es mi espada, tirano aún más sangriento de lo que puedan vomitar las palabras.

(Luchan. Trompetas.)

MACBETH.- Malgastas tu esfuerzo. Más fácil te sería darle un tajo al aire que conseguir que yo sangre. Caiga tu filo sobre yelmos más frágiles. Que mi vida está embrujada y no cederá a nadie parido por mujer.

MACDUFF.- No fíes del hechizo y deja que el ángel caído al que has servido te diga que Macduff fue arrancado prematuro del vientre de su madre.

MACBETH.- ¡Maldita sea la lengua que al decirme eso me ha castrado la hombría! Malditos los diablos tramposos que con dobles sentidos se burlan, manteniendo las promesas, pero quebrando lo que hemos creído. No lucharé contigo.

MACDUFF.- Entonces, cobarde, ríndete. Y vive para dar espectáculo del tiempo que vivimos. Como hacemos con los monstruos, te colgaremos de un poste donde esté escrito: «Aquí pueden ver al tirano».

MACBETH.- No me rindo, no. No besaré la tierra a los pies del joven príncipe Malcolm. No seré humillado por la chusma. Aunque el bosque de Birnam avance a Dunsinane y estés tú frente a mí, no parido por mujer, jugaré la última mano. Me cubro con mi escudo. En guardia, Macduff. Maldito el primero que grite: «¡Alto! ¡Basta!»

(Luchan. MACBETH cae muerto.)

